

Una vida llena de amor y de entrega a Jesús

Por FRANCISCO JAVIER DÍAZ LORITE. Vicario del Clero de la diócesis de Jaén

San Juan de Ávila nace en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) el 6 de enero de 1549 o de 1500, en el seno de una familia cristiana acomodada. Su padre, Alonso de Ávila, provenía de cristianos nuevos, es decir, conversos. Su madre, Catalina Xixón, de linaje de hijosdalgo y, por tanto, cristiana vieja.

Todos sus paisanos lo consideran cristiano viejo, y el propio Ávila afirma, al referirse a su pureza de sangre: “los que por cristianos viejos nos tenemos”.

Salamanca. De su infancia sabemos poco. Cuando tenía 14 años sus padres lo envían a estudiar Leyes (Derecho) a la universidad de Salamanca. Era lo normal en aquella época para los hijos de una familia acomodada. Ya entonces manifiesta un profundo sentido religioso: algunos apuntan, incluso, que pudo pertenecer a alguna orden tercera. Su contacto con los dominicos de San Esteban contribuyó mucho a esta formación cristiana. No llegará a terminar lo que él denomina las “negras Leyes”: a los tres años decide volver a su casa de Almodóvar.

De vuelta a su pueblo, con 17 años, se dedica a la oración, a las obras de caridad y de penitencia y, sobre todo, a buscar lo que Dios quiere de él. Todavía se conservan en la bodega de su casa natal pinturas del pequeño oratorio en el que pasó entonces grandes ratos de intimidad con el Señor.

Alcalá de Henares. Cuando tenía 20 años, y ayudado por un franciscano, logra convencer a sus padres para que le dejen marchar a Alcalá de

A pesar del enorme influjo que tuvo san Juan de Ávila en el tiempo en que vivió y posteriormente, su vida es poco conocida por el gran público. En estas páginas nos acercamos a la biografía del alma del nuevo Doctor.



Francisco Javier Díaz Lorite

Henares, a la gran universidad del renacimiento español. Allí estudia Teología, con la intención de ordenarse sacerdote y luego ejercer el ministerio en las “Indias” de América. En la universidad no sólo tiene la oportunidad de adentrarse en el conocimiento profundo de la Biblia –que nunca dejará de meditar, estudiar y difundir–, sino también en las corrientes humanistas europeas. También en Alcalá se adentra en la imitación de san Francisco de Asís. San Francisco, junto con san Pablo, serán sus dos grandes santos de referencia: la vida de Juan de Ávila será un espejo vivo de ambos.

Sacerdote en Sevilla. Ordenado sacerdote a los 26 años, celebra en su pueblo su primera misa, que ofrecerá por sus padres ya difuntos. En ella sirve, a imitación de Cristo en la Última Cena, a doce pobres de la localidad. Después reparte entre los necesitados su herencia: una mina de plata valorada en más de cinco mil ducados, unos quinientos mil euros de ahora.

El joven sacerdote marcha a Sevilla, a la espera de un barco que le lleve al recién descubierto Méjico acompañando al primer obispo de la diócesis de Tlaxcala, el dominico fray Julián Garcés. El barco saldrá a principios de 1527, pero sin Juan de Ávila. ¿Por qué? Porque la voluntad de Dios, expresada por medio del arzobispo de Sevilla, don Alonso Manrique, es que Juan se quede a evangelizar en la península. El arzobispo oyó hablar de las grandes cualidades del joven presbítero al sacerdote Fernando de Contreras, de quien Ávila también aprendió mucho en aquella etapa.

Contreras, que trataba de persuadir a Juan de que abandonara su proyecto misionero de América, logró que el arzobispo asistiera a una predicación del joven sacerdote. Tras comprobar con qué fervor, preparación y celo apostólico predicó, el arzobispo le instó, por obediencia, a quedarse en la península.

Juan, que había aprovechado ese tiempo de espera realizando la licenciatura en Teología en los dominicos de Sevilla, comenzó a predicar en Sevilla y en los pueblos limítrofes: Alcalá de Guadaira, Lebrija, etc., pero especialmente en Écija. Allí, en casa de don Tello de Aguilar e Inés de Inestrosa, impartirá lecciones de Sagrada Escritura a laicos y clérigos. Iglesias y plazas se llenarán para seguir su predicación. Así seguirá cuatro o cinco años más, hasta que envidias y acusaciones falsas de ser un alumbrado luterano, le lleven a la cárcel de la Inquisición de Sevilla.

Después de casi dos años en espera de juicio, finalmente será absuelto. Con 32 años sale de la cárcel lleno del amor de Dios, que se le ha manifestado especialmente en Cristo crucificado. La vivencia de este amor de Dios, y lo que esto comporta, serán el eje de su vida: doctrina y acción caritativa. Luego dirá que en la cárcel aprendió sobre el amor de Dios y sobre los misterios de la redención más que en todos los libros de su vida. La prisión se convirtió en su nueva y definitiva universidad. En ella comenzó a escribir la que será su obra principal: el *Audi, filia*.

Ministerio en Córdoba. Llamado por el obispo fray Juan Álvarez de Toledo para que le ayude a renovar la vida cristiana en su obispado, en 1534-1535 se traslada a Córdoba. Acepta entonces el beneficio de Santaella, al que renunciará en 1540 para dedicarse a los colegios de niños pobres y huérfanos que fundó. No acepta vivir ni en el palacio episcopal ni luego en palacios de grandes señores: esa será su norma de vida.

En el hospital, donde vive humildemente, visita a los enfermos, de manera especial a los moribundos, y conocerá a fray Luis de Granada, desde entonces discípulo suyo y su primer biógrafo. Es en Córdoba donde san Juan de Ávila va a tener una más clara conciencia de que su labor está destinada a todos, pero especialmente a los sacerdotes y a su formación integral: humana, espiritual, intelectual y pastoral. San Juan de Ávila se da cuenta que el logro o malogro de toda la Iglesia depende de la buena formación de sacerdotes y obispos.

Granada. Hacia 1536 lo llama el arzobispo Gaspar de Ávalos para que evangelice en Granada. Allí organizará un colegio para candidatos a clérigos (el que será luego Seminario conciliar de San Carlos). Fomenta con el ejemplo la vida en común de los sacerdotes. San Juan de Dios se convertirá tras oír a Ávila predicar un sermón en la fiesta de San Sebastián de 1537. Ávila dirigirá a san Juan de Dios en la vida espiritual y le ayudará en la creación de hospitales. También en Granada acompañará el proceso de conversión de san Francisco de Borja, tercer Prepósito general de los jesuitas. El santo Maestro también intervino en la dirección y organización de los colegios de Santa Catalina y de San Miguel.

Baeza. San Juan de Ávila llega a Baeza (Jaén) en septiembre de 1539, llamado para pacificar la ciudad y crear una escuela para niños pobres y huérfanos. En 1544 fundará la Universidad de la Santísima Trinidad para clérigos, tanto seculares como religiosos, que llegará a ser la tercera en Andalucía. En esta ciudad, el Santo Maestro visita, colabora y potencia la acción caritativa en los hospitales de la ciudad, predica en plazas, iglesias y calles, secunda la procesión del Corpus y contribuye a la enseñanza del evangelio entre los niños a través de las coplillas que se inventa. Su enseñanza llega a los pueblos vecinos, donde predicán él, sus discípulos y los estudiantes de la universidad. A ella acuden, por su calidad intelectual y espiritual, la mayoría de las órdenes de la reforma. San Juan de la Cruz será el rector de su teologado carmelitano durante dos años. Las bases de la educación de la universidad serán la Biblia y la Teología tomista. De ella saldrán grandes predicadores para España y el mundo, como por ejemplo Diego Pérez de Valdivia.

La universidad de Baeza será la niña de los ojos del santo Maestro. En esta ciudad vive 6 años, aunque con continuos viajes misioneros por tierras andaluzas: Jaén, Córdoba, Granada, Jerez, Sevilla, etc., donde funda colegios univer-



sitarios y menores. Dentro de la provincia de Jaén funda colegios menores en Úbeda, Beas, Huelma, Cazorla, la Iruela y Andújar.

Montilla y viajes misioneros. En 1545 marcha a Montilla, llamado por la marquesa de Priego para atender espiritualmente a sus hijos, los condes de Feria. En 1546 los acompaña a Zafra. Los condes se van transformando: cada vez se dedican más a la oración, a la generosidad para con sus súbditos, a la creación de escuelas de sus territorios y a todo tipo de obras asistenciales. En Zafra, Ávila tiene contactos con san Pedro de Alcántara y con el por entonces obispo de Badajoz, san Juan de Ribera. Con ellos mantendrá una estrecha relación.

También en 1545 comienzan sus primeros contactos con la Compañía de Jesús. Llevado por el aprecio al Santo Maestro, san Ignacio de Loyola manifestará que si quisiese entrar en la Compañía lo recibiría como al Arca del Testamento; y no habría problema si se perdiese la



Entrada al monasterio de Santa Clara, en Montilla (Córdoba)

Biblia, pues el Apóstol de Andalucía estaba tan familiarizado con ella que la podría reescribir de memoria. Señala que la labor de san Juan de Ávila y sus discípulos es equiparable a la de la Compañía. Tanto es así que san Juan de Ávila, ya muy enfermo, viendo que no podía llevar el peso de su obra apostólica, aconsejó a sus mejores discípulos que se incorporasen a la Compañía, cosa que muchos hicieron.

San Juan de Ávila quiso siempre a los jesuitas, pero nunca se contó entre ellos; y estoy convencido de que obró así por permanecer siempre como sacerdote secular.

Desde 1546 vemos a san Juan de Ávila en Montilla. Desde allí evangeliza a los pueblos de alrededor. Funda en 1550 el colegio de San Nicasio en Priego, y visita con frecuencia Granada, llamado por el arzobispo don Pedro Guerrero, condiscípulo de Alcalá. En 1551 comienzan sus enfermedades. Esto le impide acompañar al arzobispo como asesor en la segunda sesión del Concilio de Trento. Se desplaza con frecuencia

a Córdoba donde, con gran empeño y paciencia, logra en 1553 la fundación del Estudio General de Córdoba. Desde Córdoba organiza la gran Misión popular de Sierra Morena. Sus discípulos evangelizan la sierra y llegan a la Mancha y Extremadura.

Retiro en Montilla. En 1554 establece su retiro definitivo en Montilla, aquejado ya por graves dolores de artrosis generalizada, riñón, cataratas, dolores de ijada, etc., que no le abandonarán hasta su muerte. Todo lo lleva con admirable paciencia y alegría, en la contemplación de Cristo doliente.

Desde Montilla seguirá evangelizando sobre todo a través de sus cartas, auténticos tratados de vida apostólica. Escritas a vuela pluma, es donde se conoce mejor a san Juan de Ávila. Contienen consejos sobre los más variados asuntos: cómo llevar las enfermedades, la sequedad espiritual; cómo vivir la oración y unión con el Señor; cómo organizar el día de modo que haya tiempo para la oración y la acción

caritativa; cómo ser buenos gobernantes y buenos súbditos; cómo ser buenos obispos y sacerdotes, etc.

En Montilla se centra en la renovación de la Iglesia. Por esa intención aplica la Eucaristía diaria. De aquí salen los dos *Memoriales al concilio de Trento*, que plantean la reforma de la Iglesia no tanto como reacción a Lutero, sino como la necesaria renovación de las personas, comenzando por los obispos y sacerdotes, y de las instituciones. Desde su retiro de Montilla aprobará el camino de Santa Teresa de Jesús.

Quebrado físicamente y ya anciano, sin embargo seguirá desarrollando, a través de sus cartas y Memoriales, así como a través de su colaboración en la aplicación de Trento en el Sínodo de Toledo, una ingente labor evangelizadora.

En el mes de marzo de 1569 los dolores comienzan a agudizarse, se recrudecen las calenturas y los dolores de estómago y de gota. Poco a poco se va apagando la vida de aquel sacerdote diocesano secular que renunció a varias canonjías –Granada, Jaén, Antequera–, al arzobispado de Granada, al obispado de Segovia y al capelo cardenalicio. Finalmente, el 10 de mayo de 1569, el humilde y a la vez grande Juan de Ávila, “una gran columna de la Iglesia”, como diría Santa Teresa, da el salto a la casa del Padre. Agonizante, con el aliento entrecortado, pide que se rece por él y se celebre la Misa de Resurrección.

Influjo universal. Desde el cielo, san Juan de Ávila ha seguido inspirando a tantas personas en el camino evangélico y de renovación de la Iglesia: san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, el Cardenal Berulle, san Antonio María Claret, san Pedro Poveda, etc.

Los obispos españoles resumen bien la vida del santo en su Mensaje con motivo del V centenario del nacimiento del santo, al destacar “su recia personalidad, su amor entrañable a Jesucristo, su pasión por la Iglesia, su ardor y entrega apostólica”. ■